WALTER KASPER, *Cosechar los frutos. Aspectos básicos de la fe cristiana en el diálogo ecuménico*, Editorial Sal Terrae. Santander, 2010. 245 páginas.

Una de las grandes aventuras del cristianismo del siglo XX es la del movimiento ecuménico, que, iniciado por las confesiones protestantes, pronto tendría eco en diversas instancias de la Iglesia Católica, pero será a partir del Concilio cuando el ecumenismo reciba un impulso decidido, constante y eficaz, convirtiéndose en una de las principales preocupaciones de los distintos pontificados desde Juan XXIII hasta Francisco. El programa quedaba trazado, abierto a los designios de Dios, en el Decreto conciliar *Unitatis redintegratio*, en el cual se afirma rotundamente que «única es la Iglesia fundada por Cristo Señor» y que la división de los cristianos «abiertamente repugna a la voluntad de Cristo y es piedra de escándalo».

La obra que reseñamos se refiere a los diálogos oficiales mantenidos por delegaciones del más alto nivel en las que ha participado la Iglesia Católica, en varias de las cuales ha sido destacado protagonista el autor, el cardenal Walter Kasper, que fue Presidente del Consejo Pontificio para la Unidad de los Cristianos desde 2001 hasta 2010. En esos diálogos, siguiendo las directrices del Concilio se ha hecho un esfuerzo

denodado para un mejor entendimiento y la búsqueda de la plena comunión de fe.

El libro da cuenta de los resultados de cuatro series de diálogos mantenidos por la Iglesia Católica con cuatro confesiones cristianas importantes en torno a cuatro conjuntos esenciales de temas sobre la fe. Algunos comenzaron en 1967 y otros en 1970, y todos ellos duran hasta hoy, en sesiones celebradas en ciudades de todos los continentes. El libro, por tanto, abarca un horizonte temporal de más de cuarenta años, lo que equivale a un diálogo que se extiende ya a dos generaciones, por lo que se puede decir que el diálogo ecuménico se ha asentado como una tradición interconfesional.

De los interlocutores, dos de ellos provienen directamente de la Reforma del siglo XVI: la Federación Luterana Mundial (FLM) y la alianza Mundial de Iglesias Reformadas –calvinistas–, las otras dos tienen su origen en el cisma de Inglaterra, en el siglo XVI, la Comunión Anglicana y, de la reforma de ésta en el siglo XVIII, conocida como Metodismo y representada por el Consejo Metodista Mundial (CMM).

El primer capítulo, titulado «Los fundamentos de nuestra fe común: Jesucristo y la Santísima Trinidad» (págs. 31-53), revela la coincidencia fundamental, en todos los diálogos, con un grado muy alto de acuerdo sobre la doctrina cristológica y trinitaria y su sentido. De tal manera, que Kasper extrae como conclusión de todos ellos que «el Evangelio, predicado por los apóstoles, es la fuente de toda verdad salvífica y la base de todo diálogo ecuménico» (p. 34). Además, los diálogos descubren que hay unanimidad sobre los símbolos de la fe «apostólico, niceno, atanasiano» (p. 37). Asimismo, «los diálogos dan por sentado los fundamentos trinitarios de la fe cristiana», de modo que el interés de la teología trinitaria en los diálogos, no se encuentra en la constatación de la unanimidad en su entendimiento, sino en el descubrimiento de su valor de principio de comunión en el proceso de búsqueda de la unidad de los cristianos, pues, como reconoce el diálogo con los Luteranos, «el misterio de la Trinidad determina e impregna la entera obra de Jesús, y la unidad que éste desea para sus discípulos es una unidad «creada a imagen y semejanza del Dios uno y trino» (págs. 40-41). Por tanto, un primer fruto de los diálogos es el reconocimiento de la fe común de los participantes

y el descubrimiento de una guía espiritual en el camino del ecumenismo.

El segundo capítulo, «Salvación, justificación, santificación», hace referencia a la acción de Dios que es el núcleo del Nuevo Testamento. Como es sabido, la justificación se convirtió en el tema central de la Reforma a raíz de la disputa de las indulgencias. La interpretación de Lutero de la justificación exclusivamente por la fe y la gracia divina «fue asumida de diversas formas por otros movimientos de la Reforma» (p. 56), como ocurrió con el calvinismo. Para los anglicanos, no fue un tema esencial, como tampoco para los metodistas, cuyo énfasis recayó en la santificación. Por el lado católico de la disputa, se sintió una carencia en *sola fides*, que había de complementarse con las obras de la fe y la cooperación humana con la gracia divina.

Kasper destaca, con razón, un hito de enorme importancia en los diálogos entre luteranos y católicos como es la Declaración Conjunta sobre la Doctrina de la Justificación, de 1999, que vino a aproximar las perspectivas de ambas iglesias en un consenso básico. Algunas citas pueden ilustrar el nuevo espíritu que informa la aproximación de las posiciones:

- «Sólo por gracia mediante la fe en Cristo y su obra salvífica y no por algún mérito nuestro, somos aceptados por Dios y recibimos el Espíritu Santo que renueva nuestros corazones, capacitándonos y llamándonos a realizar buenas obras» (N. 15).
- «Dicha fe es activa en el amor y, entonces, el cristiano no puede ni debe quedarse sin obras, pero todo lo que en el ser humano antecede o sucede al libre don de la fe no es motivo de justificación ni la merece» (N. 25).
- «Juntos confesamos que las buenas obras -una vida cristiana de fe, esperanza y amor- surgen después de la justificación y son fruto de ella» (N. 37).

Ciertamente, no hay que perder de vista la necesidad de un consenso más amplio, puesto que la doctrina de la justificación plantea problemas antropológicos y éticos desconocidos en el siglo XVI, sin embargo, es tal la importancia del consenso básico ya alcanzado que alienta la esperanza en el diálogo hacia la meta de una comunión plena.

El tercer capítulo está dedicado a «La Iglesia». Es el más largo,

puesto que las cuestiones eclesiológicas son las más difíciles y las que han dado lugar a las mayores controversias, tanto en la comprensión general de la identidad eclesial, como en aspectos específicos que, en las diversas confesiones, se comprenden y practican de un modo particular.

En primer lugar, las concepciones de la Iglesia se veían muy alejadas antes del diálogo, sin embargo, a medida que los puntos de vista han sido expuestos y debatidos, se han ido aproximando y se ha ido comprendiendo que pueden considerarse como complementarios, con énfasis diferentes. Así, el fundamento trinitario de la Iglesia es compartido por todas las confesiones, sin embargo la concepción reformada aporta un especial acento pneumatológico, de modo que la concepción de la Iglesia como «creatura verbi», que ha sido motivo de separación, puede verse como una aportación de interés, también para los católicos, y, bien entendida, no tiene que oponerse a la concepción de la Iglesia sacramento de salvación.

Respecto a las cuestiones particulares no es posible dar cuenta aquí de la riqueza de los diálogos sobre la autoridad en la iglesia, con aspectos tan importantes como la apostolicidad o la

cuestión, históricamente crucial, de la Escritura y la tradición; sobre los ministerios, cuyas formas y funciones son aparentemente tan diversas en las distintas confesiones, tanto en el presbiterado como en el episcopado, así como las posiciones tan diversas frente al ministerio Petrino.

En todas estas cuestiones se han producido avances impenables hace cuarenta años, con acercamientos sorprendentes que no deben ocultar las diferencias que permanecen y que no serán fácilmente superables. Sin embargo, los frutos son innegables, de manera que, si algunos asuntos que han sido históricamente obstáculos infranqueables para la unión, tal como la controversia entre Escritura y tradición, hayan dejado de serlo, también es de esperar que otros problemas se puedan ir resolviendo con el progreso de los diálogos.

En resumen, respecto a la Iglesia, sin llegar a grandes consensos se han alcanzado convergencias sustanciales en materias que medio siglo antes se mantenían en como las antípodas eclesiológicas. No obstante, Kasper insiste en que para resolver los problemas es preciso no ocultarlos, reconocerlos y aceptar que el disenso existe y, partiendo de ese realismo básico, debatirlos con

sinceridad y esperanza. Por eso, Kasper reconoce que «el principal argumento que aún divide a las Iglesias es la comprensión de la Iglesia misma... La pregunta de dónde se halla y puede ser encontrada la Iglesia de Cristo y dónde existe en sentido pleno (esto es, dónde subsiste) se ha convertido en la actualidad en una cuestión fundamental, planteada a menudo de modo rotundo y polémico» (p. 241).

De ahí que haya varias controversias decisivas que debaten entre la visión sacramental y la carismática, entre el aspecto institucional y la concepción de la Iglesia como acontecimiento, entre la concreción en la comunidad local y la comunión universal... Ante lo cual, Kasper aboga por que «en los próximos años, el diálogo ecuménico debería centrarse en estas, esforzándose por interpretar desde una perspectiva eclesiológico-sacramental las mencionadas visiones como complementarias antes que contradictorias» (p. 242).

Un último capítulo, «Los sacramentos del bautismo y de la Eucaristía», nos ofrece los frutos cosechados en este terreno, que de suyo arrastra las dificultades eclesiológicas que deberían allanarse previamente, pero que no impiden que se hayan producido

no sólo convergencias, sino también consensos fundamentales, como ocurre con el bautismo en todas las confesiones, que es reconocido por las demás. Respecto a la Eucaristía existen serias diferencias, pero se han producido convergencias como en el carácter sacrificial y como sacramento de unidad. La diferencia más importante es sobre la presencia real del Señor bajo y en las especies del pan y del vino, con excepción del consenso básico que existe con la Comunión Anglicana.

En conjunto, el libro es un impresionante resumen de los temas que abarca, ofreciendo una perspectiva teológica clara para acercarse a la gran aventura del ecumenismo. Con el alcance de su intención no hay nada que

objetar, aunque sí invita a algo más que desear: por ser tan instructivo y esclarecedor, sería de desear que la panorámica abarcara todos los diálogos ecuménicos, especialmente, en lo que se refiere a las Iglesias autocéfalas de Oriente. Es cierto que las dimensiones de la obra podrían ser excesivas, pero tal vez una panorámica completa lo justificaría.

Acabamos destacando que la dimensión teológica de los diálogos, no queda reflejada en meras actas llenas de tecnicismos dogmáticos o bíblicos, por el contrario, toda la obra está iluminada por el ecumenismo espiritual que el Cardenal Kasper ha contribuido a fomentar, como una actitud básica en los diálogos ecuménicos.

Manuel Portillo